

DISCERNIMIENTO Y GOBIERNO EN LA VIDA RELIGIOSA

Darío Mollá Llacer, sj*

Se me pide una reflexión sobre "discernimiento y gobierno" en la vida religiosa. Acepto el encargo con sumo gusto desde mi experiencia, agradecida aunque no fácil, de Provincial recién acabado. No pretendo hacer una aportación teórica o documental sobre el tema, sino más bien una reflexión, espero que fundada y sistematizada, de mi propia experiencia de estos seis años con respecto a este tema. Con la ignaciana, y sencilla, pretensión de "ayudar". En una primera parte me ceñiré más a cuestiones referidas al discernimiento individual y en la segunda atenderé más al discernimiento en clave colectiva o corporativa.

PARTE PRIMERA

1. ¿Qué es discernir?

Discernir es un movimiento o actividad del amor que busca el "más". Inherente al amor auténtico porque todo amor auténtico busca el más: más amar, más servir, más ayudar, más complacer, más identificarse... El amor auténtico y vivo es dinámico y el discer-

* Ex-Superior Provincial de la Provincia de Aragón de los jesuitas.

nimiento es parte de esa dinámica inherente al amor. Discernir es actividad de búsqueda de cómo amar más y mejor, de cómo acertar más en el amor, de cómo identificarse más con Aquel a quien se ama por encima de todo.

Si esto es así en la vida humana y cristiana en general, cuánto más debiera serlo en una vida religiosa que quiere ser "pasión"¹. El discernimiento es una de las dimensiones necesarias, ineludibles, de la pasión por Cristo y por la humanidad. No hay pasión quieta, instalada, sin preguntas...: toda pasión busca y discierne, y la ausencia del discernimiento, la ausencia de búsquedas y preguntas, hace sospechar sobre la escasa viveza (culpable o no, no es ésta ahora la cuestión) del amor.

Si la lógica habitual y cotidiana de quienes vivimos la vida religiosa ha de ser la del amor, la de las respuestas apasionadas ante los desafíos humanos, discernir será un ejercicio habitual, cotidiano, reiterado... Es mediación necesaria para que las bellas y grandes palabras que quizá con excesiva prodigalidad y falsa facilidad aparecen en nuestros documentos o cantamos en nuestras celebraciones se hagan prosa en la dureza y rutina de la vida de cada día.

Aplicando todo esto al ejercicio del gobierno en la vida religiosa, el discernimiento es lo que permite el paso "de la administración al gobierno religioso", según le gustaba expresar al ex-Maestro General de la Orden de Predicadores, mi admirado Timothy Radcliffe. Gobierno religioso que, por supuesto, incluye la administración, pero que la supera y desborda en los criterios que adopta y aplica a los múltiples ámbitos de decisión en los que se ejerce: las decisiones sobre personas y comunidades, apostólicas, económicas... Como cualquier forma humana de gobierno, o de poder, que también lo es, el gobierno en la vida religiosa tiene sus propios peligros y amenazas, sus propias corruptelas y corrupciones: la burocratización, la "politización" de sus formas, las utilizaciones abusivas del poder, el arribismo... Quien gobierna, y lo quiere hacer además al estilo del evangelio de Jesús, necesita especialmente estar vigilante, discernir. Más aún que otros, porque a las razones comunes que comparte con sus compañeros y compañeras se añade lo delicado de su servicio específico.

¹ Según la expresión ya clásica de Metz, recogida como lema para el próximo Congreso Mundial sobre Vida Religiosa a celebrar en el próximo otoño: "Pasión por Cristo y pasión por la humanidad".

De todo lo dicho hasta ahora se puede fácilmente deducir que al hablar de discernir y de discernimiento más que referirnos a actos puntuales, ocasionales, esporádicos, nos estamos refiriendo a hábitos, a una actitud, a un talante vital: a una "cultura" como le gusta decir, con verdad, a Lola Arrieta. Las religiosas y religiosos hemos de ser, casi por definición, personas con talante y hábito de discernimiento y los superiores personas especialmente dotadas de ese carisma y capaces de animarlo y fortalecerlo en sus hermanas y hermanos. Personas que viven y gobiernan, cuando es el caso, con talante de discernimiento.

2. Personas con talante de discernimiento

Quiero ahora hacer un cierto "retrato-robot" de cómo concibo a un religioso o religiosa, y más aún a un superior o superiora, con ese talante de discernimiento. Serán unos rasgos sencillos y básicos, en una descripción para nada exhaustiva pero de todo punto mínima. A tener en cuenta, con sentido común, cuando se elaboran los famosos "perfiles" de superiores a la búsqueda de los mirios blancos que en ninguna parte existen...

Todo lo que el discernimiento es y significa requiere una cierta "calidad" del sujeto. Calidad en el sentido más amplio y global de la palabra: biológica y de salud, psicológica, de trato humano... Deficiencias o deterioros notables en alguno de estos aspectos incapacitan, en mi opinión, para el discernimiento y, por ende, para un gobierno en discernimiento.

Evidentemente, los deterioros que todos tenemos tienen su diversa densidad y tiempo. Habrá que calibrar cuáles de ellos son gravemente limitantes de la capacidad de discernir; hasta casi incapacitar, y cuáles simplemente la limitan sin anularla ni mucho menos. Ni la vida cristiana ni el discernimiento son sólo para perfectos... Hay, asimismo, deterioros (en el ámbito que sea) temporales, que se sufren durante un tiempo, y otros no tan transitorios, difícilmente superables: los primeros, obviamente, plantean problemas diversos a los segundos. Pero un nivel "normal" de calidad de la persona se requiere para un sujeto de discernimiento, y para quien con este talante se quiere que gobierne.

Vinculado a esta problemática creo que está todo el tema de la duración de los períodos de gobierno, de los fuertes desgastes que el gobierno ocasiona en quien lo ejerce y sus consecuencias, de la sabia práctica de los plazos fijos de gobierno. Dada la escasez de personas en la vida religiosa, especialmente de personas con capacidad afectiva y efectiva de asumir responsabilidades, tenemos la tentación, y podemos caer en ella, de alargar en exceso las renovaciones de los períodos de gobierno, o de perpetuar más allá de lo debido (y de sus propias posibilidades) a determinadas personas en cargos de gobierno. Eso puede tener sus riesgos, y no pequeños, en la calidad del mismo.

Sobre esa base de calidad humana, el talante de discernimiento pide también una "pasión" de fondo por algo y por Alguien que están fuera de mí. Que haya un enamoramiento que persiste y se sostiene, aun con las formas "sosegadas" del amor maduro, por el que el centro de mi vida no soy yo ni mis intereses, sino que está fuera de mí.

No hablo ni de experiencias místicas extraordinarias ni de cosas que estén fuera de la vida. Pero, por desgracia, hay mucha gente en la vida religiosa que "ha desconectado" de toda realidad y de toda preocupación que no sean las más inmediatas y a veces las más banales: en el fondo, no les importa mucho ni su comunidad, ni su congregación, ni su Provincia, ni lo que sucede en el mundo... Todo ese conjunto de personas escépticas, desmotivadas, decepcionadas: los famosos y abundantes "cansados o cansadas" de nuestras comunidades. Claro, desde esa postura vital no tiene ningún sentido hablar de discernimiento: es simplemente innecesario.

Sería lamentable poner en el gobierno alguna de estas personas, o lo que quizá es más posible (no digo que frecuente) mantener en el gobierno a personas en esa situación vital de fondo. De fondo, insisto, todos pasamos por épocas malas en este sentido de desencanto o de enfriamiento del amor, pero me refiero a cuando ése se convierte en el estado permanente.

"Al menos, amor mucho a la Compañía" es la fórmula con la que Ignacio de Loyola hace notar en sus Constituciones la importancia de esta pasión de fondo en el superior. Sin ello difícilmente se asumirán actitudes y costos inevitables a todo gobierno que quiera ser evangélico: serenidad y grandeza de ánimo en los conflictos, apues-

ta por las personas tanto más decidida cuanto más débiles ellas, asunción de riesgos y desafíos apostólicos incluso (¿por qué no?) algunos susceptibles de fracaso, romper las dinámicas perversas del cálculo y/o la compensación... Gobernar evangélicamente, en una palabra.

Con esa base humana, y en esa disposición de fondo, ayuda al discernimiento, y conforma el talante de una persona capaz de hacerlo y vivirlo habitualmente (de eso se trata), lo que podemos llamar una capacidad de "atención", de vivir atentamente, de "estar vigilantes" en términos de evangelio. Personas, en suma, con capacidad de interioridad, personas de "oración".

Quiero proponer que no hagamos una lectura reduccionista de esta expresión: "personas de oración". La hacemos cuando hacemos equivalente la expresión personas de oración a personas "rezadoras". Pues no: me atrevo incluso a afirmar que hay personas rezadoras que no son personas de oración. Evidentemente me resulta imposible pensar en una persona de oración que no rece, que no dedique sus tiempos específicos, tranquilos, de calidad, a orar. Pero es más que eso. Persona de oración es también persona capaz de silencio exterior e interior que incluso necesita de él y lo echa de menos en determinados momentos; persona capaz de escucha y de hacer que el otro se sienta escuchado (hay quienes escuchan, y quienes simplemente dejan hablar al otro mientras descansan); persona paciente en las dificultades, tenaz en las búsquedas, perseverante en su empeño; persona capaz de intuir que las cosas muchas veces no son ni significan lo que parece a primera vista, capaz de esperar lo necesario hasta descubrir el significado verdadero, capaz de interpretación y sagacidad...

Finalmente, para discernir hay que vivir en la Iglesia y en el mundo. No es una obviedad: en esta Iglesia y en este mundo concretos que tenemos, porque es ahí, y no en ningún sitio que no existe, donde Dios nos dice su palabra. Formulado con más densidad teológica, para tener talante de discernimiento hay que ser personas en encarnación y en comunión. Personas "encarnadas", porque creo que no es posible encontrar ni oír al Dios de Jesús alejándose de lo humano. Personas en comunión porque creo que no es posible encontrar ni oír al Dios de Jesús fuera de la comunión con los hermanos.

3. Estilos de vida para un talante de discernimiento

Como el amor mismo, el talante de discernimiento necesita ser alimentado y cuidado. Y en ese cuidado tienen un papel determinante los estilos de vida. He dicho alguna vez que cuidar los estilos o ritmos de vida es la ascética contemporánea. Hay modos de vivir y de tomarse la vida que nos potencian como personas y como sujetos de discernimiento, y otros nos quitan fuerza y posibilidades. Voy a intentar precisar algunas características de estilos y ritmos de vida positivos para quien quiere vivir en clima de discernimiento en función de una doble pauta: en referencia a los rasgos del talante propuesto en el apartado anterior y teniendo especialmente en cuenta elementos que conforman la vida habitual de quienes gobiernan.

Es obvio, que si pedíamos una persona de calidad, hay que cuidar la persona, "cuidar el sujeto", como elemento primordial. La "gracia de estado", como cualquier gracia, no suplanta a la naturaleza humana y, por tanto, ni suprime ni cubre un conjunto de necesidades de todo tipo que la persona, por muy "superior o superiora" que sea, debe cuidar y alimentar adecuadamente: necesidades afectivas, de sentido, de descanso...

Pueden existir, y existen de hecho, en la vida religiosa, y entre los que en ella gobiernan, algunos y algunas que, en mi opinión, malinterpretan lo que son las verdaderas exigencias de la entrega o malinterpretan el "sacrificio" inherente a esa entrega. Es muy importante que quien tiene responsabilidades de gobierno se mantenga en condiciones, con "frescura" vital, con alegría, con capacidad de humor sobre sí mismo y sobre las situaciones de la vida... porque es así como uno entrega a los demás algo que vale la pena y como ayuda a los demás. Personas o superiores permanentemente agotados y agobiados, que dejan ver básicamente ese mensaje sobre su situación vital, agotan y agobian a los demás. Es posible que susciten la compasión de los otros ("pobre", "hay que ver lo mal que lo pasa", etc...), pero eso, además de ser muchas veces una trampa y un recurso narcisista del propio superior, y aunque no lo sea, no ayuda a los demás: los superiores agobiados, agotados, permanentemente doloridos... paralizan a las personas, desmoralizan a quienes emprenden, justifican a quienes no hacen nada... El "sacrificio" de la entrega sólo será real, fecundo, y cristiano, si comporta alegría, serenidad, humor, capacidad de relativizar.

Para ello es importante que quien gobierna, urgido desde muchas situaciones, sepa ser dueño de su agenda, señor de su ritmo de vida, celoso de sus necesidades de oxígeno vital... El mejor servicio no es hacerlo todo ni estar en todas partes: es el servicio que más ayuda, y eso pide parar, templar, serenarse... No es la agenda la que tiene que marcar la vida, sino un modo de entender y situarse en la vida el que debe, en lo posible, condicionar una agenda. Evidentemente, podemos despistarnos o embalarlos: por eso hay que tener previstos mecanismos personales y de ayuda de otros que nos hagan reflexionar y aminorar el ritmo si es necesario, y a quienes podamos consultar en casos de duda o dificultad.

Hay que cuidar esa preciosa planta de la interioridad, entendida en el amplio sentido que he descrito líneas más abajo. Hay que orar, ¡claro!, pero además importa también leer, tener espacios de reflexión pausada, ponderar con detenimiento lo que percibimos y escuchamos de las personas...

Quiero ahora mencionar algunos problemas y/o dificultades al respecto.

Uno de ellos, que amenaza particularmente a la oración personal de quien gobierna, es el de la cavilación: el que toda oración se convierta en un cavilar, en un dar vueltas a las situaciones que nos preocupan, invadiendo sin consideración ni respeto ese espacio necesario de relación personal con Dios. Una cosa es que nuestras preocupaciones afloren en la oración, y otra bien distinta es que la sustituyan o suplanten. De ahí a la importancia de otros momentos y estructuras, al margen de la oración, para descargar la ansiedad de lo que nos preocupa o para repensar las situaciones que son más complejas o tienen especial posibilidad de inquietarnos.

La invasión de papeles es otro peligro real. Papeles por correo ordinario, papeles por e-mail, papeles en mano...: cartas, actas, resúmenes, peticiones, quejas, informes... Parece mentira con lo poco que pesa un papel en solitario la capacidad de "aplastar" que tiene la multitud de ellos. Aplastar, y quitar oxígeno, y distraer de lo importante. E impedir acceder a nuestra interioridad: es el "telón de papel". Si se me permite un consejo al respecto, diré dos cosas aparentemente contradictorias: hay que dejar de leer cosas, no se debe leer todo, y, por otra parte, hay que leer algo más. De los papeles que nos llegan hay que hacer jerarquía, es imprescindible. No se les puede dar a todos la misma consideración: unos hay que leerlos con

detenimiento, con pausa; otros hay que leerlos en diagonal o en titular, y bastantes (más de los que pensamos) hay que tirarlos directamente a la papelera (real o cibernética) sin leerlos. Y, sin embargo, hay que leer "papeles" que no nos llegan, pero que necesitamos desde un buen periódico, hasta una sólida reflexión teológica, pasando por novelas o poemas que nos desvelen cómo hoy se vive y expresa la condición humana.

Otra dificultad que en ocasiones hace sufrir la oración de quienes gobiernan, especialmente si ello les obliga a viajar o desplazarse con frecuencia, es la misma movilidad, los cambios continuos de habitación, de lugar, de ámbito de oración... Sufren más esta dificultad aquellas personas a quienes ayuda una regularidad de tiempos y un ambiente familiar y conocido para orar. Eso es así, y no le veo fácil remedio. Sin embargo, esa real dificultad se puede compensar de algún modo (y en ocasiones muy ventajosamente), si se vive con atención, con la presencia de nuevos estímulos "espirituales", porque en esos puestos de gobierno aparecen "nuevos" registros de vida interior: las conversaciones en profundidad nueva con muchas personas, el acercamiento a testimonios de vida antes desapercibidos y ocultos, la posibilidad de contacto directo con nuevas realidades sociales, etc...

Uno de los rasgos más característicos de una persona y de un superior con talante de discernimiento es la capacidad y/o habilidad de administrar los tiempos. Administrar los tiempos, los silencios, los ritmos... Creo que gobernar bien es, entre otras cosas, medir bien los tiempos, calibrar adecuadamente los momentos, leer bien los procesos: en definitiva, marcar él el ritmo y el tiempo y no permitir que se lo marquen desde fuera. Creo que ése es uno de sus derechos y deberes básicos. Salta a la vista que ello es imposible sin cultivo de la interioridad y sin espacios para ella. El peligro es, entonces, vivir y gobernar "a merced de..." las circunstancias (con el sacrificio cierto de aquello que es más importante) o de algunas personas (normalmente del más interesado o del menos "limpio"...).

Finalmente hay que cuidar ese "hacia afuera" de encarnación y comunión que describíamos como rasgo de las personas con talante de discernimiento. Hay que estar abiertos (y eso supone un propósito y un esfuerzo real cuando tanto nos exigen los problemas de dentro) a lo que sucede fuera de nuestro pequeño mundo comunitario,

provincial, congregacional... Porque si nuestro discernimiento pierde ese pie, pierde consistencia y realidad; no merecerá el nombre de tal.

Acabamos ya esta primera parte. Con estas condiciones en la persona y en su vida es posible decidir con discernimiento, gobernar con discernimiento. Discernir no es parar la vida cada vez que tengo que tomar una decisión, para hacer un extraño proceso y ver qué decido...; discernir es decidir habitualmente desde unos valores, un talante, una situación vital. Eso es lo posible y, por tanto, lo deseable. Otra cosa es sencillamente imposible: ni se puede parar la vida, ni hacer esperar todo o a todos a que yo haga no sé que proceso cabalístico..., ni, mucho menos aún, se puede improvisar de repente un talante de discernimiento, un sujeto de discernimiento. Y, si no hay sujeto, ya puedo hacer malabares... que no discerniré.

Discernir es, en la práctica, vivir de tal modo que hay "agilidad" y sensibilidad para responder evangélicamente a los desafíos. Es mantenerse en forma "espiritual" y humana para ser capaz de dar las respuestas del amor, de la pasión por Dios y por la humanidad; para dar esas respuestas que, tantas veces, nos piden superar lo obvio, lo establecido, lo que se ha hecho siempre, lo normal, lo cómodo, lo fácil, lo no conflictivo o lo humanamente lógico.

PARTE SEGUNDA

En esta segunda parte voy a referirme al discernimiento en clave colectiva o corporativa. Lo haré, al igual que hice en la primera parte, atendiendo de modo particular a su relación con el gobierno en la vida religiosa, y de un modo aún más específico a los Superiores y las Superiores Mayores, ya que es la demanda que originó estas reflexiones. *¿Qué es lo que los Provinciales pueden/deben hacer en el tema del discernimiento corporativo?, ¿cuál es su responsabilidad al respecto?*: La respuesta a estas preguntas va a ser el eje conductor de mi exposición.

Previamente a ello no estará de más notar la complejidad y la dificultad del discernimiento que va más allá de lo personal, comunitario en cualquiera de los sentidos que queramos dar al término comunidad (y en ello, intencionadamente, no voy a entrar). Si el discernimiento presenta sus dificultades no desdeñables en lo individual, éstas se multiplican cuando se pasa del sujeto en singular al

sujeto en plural o de un sujeto personal a un sujeto colectivo. Por otra parte, no sucede en este tema de modo diferente a como sucede en tantas realidades de la espiritualidad cristiana tal como la hemos presentado y vivido... Ciertamente es más fácil y posible encontrar personas y sujetos con capacidad y talante de discernimiento que grupos o comunidades capaces de discernir.

Sin embargo, ese discernimiento grupal es necesario, ineludible, para que la pretensión de profetismo y testimonio consustancial a la vida religiosa, desde siempre, sea efectiva para la Iglesia y para el mundo, para que nuestras comunidades y congregaciones sean en verdad alternativa, "*signum fraternitatis*"². No basta lo personal: es condición necesaria, pero no sé si suficiente para que la vida religiosa realice en plenitud todo aquello que el Pueblo de Dios tiene derecho a esperar de ella.

Gobernar no es sólo acompañar y animar personas o procesos personales, sino que conlleva animar y liderar procesos colectivos. Procesos que también hay que garantizar que estén movidos por la "pasión" por Dios y la humanidad, que estén imbuidos de un amor que busca, para que no degeneren en meras reuniones administrativas. Y ello pide a los grupos, al igual que a las personas, talante y ejercicio del discernimiento.

Desde estos preámbulos, entremos ya en materia: lo que los superiores, especialmente los Superiores Mayores, pueden y deben hacer en el ámbito del discernimiento corporativo.

1. Introducir este tema en su acción de gobierno

Creo que es muy importante que el Superior Provincial y la Superiora Provincial "crea" en la posibilidad de que también grupos, comunidades y la misma Provincia como tal tengan ese talante de discernimiento. Y que, de acuerdo con esa fe, lo promueva en su gobierno cotidiano y trabaje las mediaciones que lo han de hacer más fácil o posible.

Y no empleo sin intención los términos "creer" y "fe" porque sé del escepticismo, ampliamente extendido, que existe al respecto.

² Utilizando la expresión de la Exhortación Postsinodal de Juan Pablo II "Vida consagrada".

Escepticismo que se funda, sin duda alguna, en dificultades muy reales y muy extendidas. No las quiero ni ignorar, ni obviar, ni quitarles su fuerza; al contrario, creo que hay que tenerlas bien presentes.

La más decisiva, quizá, es la gran cantidad de personas que, por múltiples y diversos deterioros de todo tipo, no son capaces de entrar en procesos ni personales ni colectivos de discernimiento, y lo que la presencia de esas personas limita a impide a aquellos grupos en los que participan. Por otra parte, la acumulación, en colectivos ya "veteranos", de negatividades, pesimismo o escepticismos que, desgraciadamente, son más contagiosos de lo justo y que tienden siempre a frenar las iniciativas más positivas que se generan en el grupo.

Por otra parte, el peso y el agobio de las tareas cotidianas está continuamente actuando sobre el Superior invitándole a que, más o menos conscientemente, la acción de gobierno se limite a bien gestionar lo cotidiano (lo cual no es ni poco ni despreciable...), y a hacer de guardias forestales que eviten incendios, o de bomberos si el incendio no se ha podido prevenir o parar. El Provincial experimenta además, en carne y sangre propia, la tremenda dificultad de los cambios institucionales, la fuerza de las resistencias de personas y colectivos (desproporcionadamente numantinas muchas veces frente a lo simple o banal o evidente del cambio que se propone...), la pesadez de la Institución y de las instituciones para moverse más allá de lo aceptado como definitivo (y parece, en ocasiones, que con vocación de eternidad: "siempre se ha hecho así...").

Pocos (¿acaso nadie?), y cada vez menos, nos van a pedir ni a urgir cambios significativos y por lo tanto pocos (¿acaso nadie?) van a echar de menos o nos van a echar en cara el que no promovamos estos discernimientos. Pero no podemos tirar esa toalla en bien de nuestros hermanos, de la Congregación, de la vida religiosa y de la Iglesia.

Parte de la fe mínima que se nos pide en el servicio de animación de los hermanos y hermanas es la fe en la acción del Espíritu, en el cariño de Dios por nuestra Institución, en las posibilidades plenas de las personas que nos han sido confiadas. Aquí sí que interviene, hay que pedir y se nos da, la "gracia de estado". Si alguien pierde esa fe, seguramente servirá mejor a sus hermanos o hermanas pidiendo su relevo como superior religioso, que manteniéndose en el cargo sin fe... en las posibilidades de Dios y en las suyas propias.

2. Promover talante de discernimiento en la Provincia

¿Qué significaría promover, cuidar o mantener a la Provincia en un talante de discernimiento? ¿Cómo se puede hacer eso?

Es una tarea paciente, callada, nada espectacular, poco mensurable y poco valorada en lo inmediato, pero muy cotidiana, y a la vez, muy trascendente en la acción del Provincial. Es la tarea de mantener viva en el cuerpo que forma el conjunto de los hermanos y hermanas la sensibilidad espiritual, el deseo de seguir al Señor y de renovar, en fondo y forma, nuestra entrega a El, el aprecio por el propio carisma y sus elementos fundantes, el celo apostólico, el gusto por las cosas de Dios.

El Provincial, desde su contacto y conocimiento del conjunto de la Provincia, debe ayudar a leer con ojos limpios y creyentes la vida cotidiana de las personas y de la Provincia y a descubrir en ella el paso del Dios Padre y providente; tiene que ser capaz de leer y explicar a su gente el "momento" por el que se está pasando y el sentido del mismo; tiene que procurar que afloren, sin timidez y sin miedo, las intuiciones; y ser capaz de recoger los deseos más nobles que el Señor va suscitando en la gente y ayudar a socializarlos y compartirlos.

Es imprescindible, asimismo, mantener un clima generalizado y firme de confianza, sin fisuras, en la escucha y la acogida que haga fácil la manifestación sincera de sentimientos y pensamientos. ¡Qué penoso (y antievangélico) es encontrar en la vida religiosa situaciones de "miedo" a los Superiores!: fomentan todo lo peor. Es importante la accesibilidad de y al Superior (aunque unos pocos abusen de la misma) y la conciencia colectiva de la misma, así como la seguridad del cariño del Superior por su gente, y de su apoyo en los momentos difíciles. Cariño y apoyo que, más allá de las palabras, la gente necesita ver plasmado en las actuaciones concretas.

Supuesto todo esto, que es lo más decisivo, también hay que atender al fomento, en su justa medida y equilibrio, de encuentros comunitarios y grupales de reflexión, oración, planificación... La justa medida entre la ausencia y la saturación: una ausencia que a la larga genera imposibilidad y una saturación que lleve al rechazo. Y acertar también en cuáles son las estructuras de gobierno adecuadas para asegurar, a un tiempo, efectividad, eficacia, e implicación.

3. Cuidar la calidad de vida de las comunidades

La comunidad concreta, local, es, por su propia naturaleza, el ámbito primero del discernimiento corporativo, el más natural..., pero también el más difícil por lo que en la comunidad se acusan e inciden las dificultades de la convivencia y del roce cotidiano. Seguramente es más fácil hacer discernimiento "comunitario" en otros órganos más "seleccionados" o "selectivos": consultas, equipos de gobierno, reuniones de superiores...; pero si las cosas no pasan de alguna manera por los discernimientos y la implicación de las comunidades, las decisiones y los papeles (¡nuestros abundantes, admirables y sufridos papeles!) no pasan a la vida concreta de la Provincia.

Aporto algunos elementos que pueden ayudar a cuidar la calidad de vida de las comunidades, haciéndolas así un poco más aptas para afrontar situaciones de discernimiento o, al menos, de reflexión o deliberación compartida.

Me parece muy determinante, mucho más de lo que ellos mismos tienden a pensar, el papel y la actitud de los superiores locales: en positivo y en negativo, su modo de situarse en y ante la comunidad marca mucho la vida de la comunidad y su propia imagen. En este sentido, me parece decisivo que los superiores crean en y quieran a las personas de su comunidad: sólo así se puede generar en un grupo la autoestima y la convicción de que puede llegar a discernir. Destaco la importancia del "cuidado" mutuo. Hay que estimular a todos al ejercicio evangélico de la misericordia mutua, y no como pacto de silencio o no agresión, sino como acogida en sinceridad y apoyo. Finalmente, y respecto al ritmo de actividades y proyecto comunitario, vale la aplicación de lo dicho anteriormente: junto con la perseverancia en las propuestas, el justo nivel de exigencia en las demandas, de modo que se eviten los daños extremos de la desmoralización, por una parte, y del agobio por otra.

4. Provocar/plantear discernimientos concretos

Sucede que en muchas ocasiones debe ser el Provincial quien tome la iniciativa de plantear a las comunidades y grupos cuestiones concretas para el discernimiento ya sea de asuntos que tengan que ver con la propia vida del grupo, ya sea de temas de interés provin-

cial y general. Es parte de su misión de animación y gobierno recoger y plantear a los diversos grupos de hermanos y hermanas las cuestiones más importantes que la vida, las personas, la sociedad o la Iglesia demandan. Y no hay que perder la conciencia de que pueden y deben hacerlo, aunque a veces sea incómodo para ellos o para quienes gobiernan.

Resulta de particular relevancia el que se haga de modo adecuado en las formas y que el Superior asegure ese cuidado de los modos. Como en la democracia, en la vida religiosa los modos son muy importantes. Que el planteamiento sea real, honesto y limpio (y no ficticio o predeterminado); que el proceso se cuide y se le dé el tiempo adecuado en cantidad y calidad; que se cuiden los modos que aseguren la participación y sinceridad de las personas, que se denuncien con claridad las trampas y las actitudes que pueden enturbiar el buen discernimiento; que se acoja con respeto y con autoridad la conclusión, y se exija, posteriormente, el compromiso con lo que se ha decidido.

5. Ser mediador de universalidad

Los procesos de discernimiento interno sólo son válidos, y sanos, cuando permanecen abiertos al exterior: a otras comunidades, a la Provincia... y también a la Iglesia y al mundo.

Cualquier discernimiento en la vida religiosa está íntimamente vinculado, en el fondo, a una doble cuestión decisiva: cómo la Iglesia puede hacer presente en este mundo concreto el evangelio de Jesús y al Jesús del evangelio, y cuál es la tarea que compete a la vida religiosa en general, y a cada carisma en particular, en esta misión evangelizadora.

Contextuar en estas coordenadas los discernimientos particulares, resituarlos siempre allí, elevándolos muchas veces de altura y de miras, es fortalecerlos, hacerlos verdaderos... Y ahí hay una importante tarea del Provincial como animador de discernimientos... En ese sentido, el Provincial es mediador de universalidad y garante de ella.

Hasta aquí mis reflexiones... No es esta tarea de gobernar en discernimiento y de gobernar el discernimiento una tarea fácil... Pero

resulta menos complicada si renunciamos a perfeccionismos, narcisismos, deseos de quedar bien o de no complicarnos la vida... Y sobre todo, si de verdad buscamos servir, y la única recompensa o pago que queremos de nuestro servicio es la palabra de gratitud del Señor de nuestras vidas, escuchada en la intimidad, muchas veces en medio del silencio y la contradicción exterior.